



# GUÍA

## PARA ENTENDER A PABLO DE TARSO

UNA INTERPRETACIÓN DEL  
PENSAMIENTO PAULINO

ANTONIO PIÑERO

EDITORIAL TROTTA

## Guía para entender a Pablo de Tarso

Guía para entender a Pablo de Tarso  
Una interpretación del pensamiento paulino

Antonio Piñero

E D I T O R I A L   T R O T T A

**COLECCIÓN ESTRUCTURAS Y PROCESOS Serie Religión**

Primera edición: 2015

Segunda edición: 2018

© Editorial Trotta, S.A., 2015, 2018

[www.trotta.es](http://www.trotta.es)

© Antonio Piñero Sáenz, 2015

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

ISBN (EPUB): 978-84-1364-036-5

Depósito Legal: M-31560-2018

*A mi nieto Hugo*

# CONTENIDO

## *Abreviaturas*

- I. INTRODUCCIÓN
- II. LO QUE ES NECESARIO SABER PARA ENTENDER A PABLO DE TARSO
- III. LECTURA DE LAS CARTAS DE PABLO
  - Carta primera a los Tesalonicenses
  - Carta a los Gálatas
  - Carta primera a los Corintios
  - Carta segunda a los Corintios
  - Carta a los Filipenses
  - Carta a Filemón
  - Carta a los Romanos
- IV. RESULTADOS

## *Bibliografía*

## *Índice de materias*

## *Índice general*

## ABREVIATURAS

### LIBROS BÍBLICOS

#### *Antiguo Testamento*

1 Cro 2 Cro	Crónicas
1 Mac 2 Mac	Macabeos
1 Re 2 Re	Reyes
1 Sam 2 Sam	Samuel
Ba	Baruc
Dn	Daniel
Dt	Deuteronomio
Ecles	Eclesiastés
Eclo	Eclesiástico
Esd	Esdras
Ex	Éxodo
Ez	Ezequiel
Gn	Génesis
Ha	Habacuc
Is	Isaías
Jb	Job
Jc	Jueces

Jl	Joel
Jon	Jonás
Jos	Josué
Jr	Jeremías
Lv	Levítico
Mi	Miqueas
Ml	Malaquías
Nah	Nahum
Ne	Nehemías
Nm	Números
Os	Oseas
Pr	Proverbios
Sal	Salmos
Sb	Sabiduría
Za	Zacarías

### *Nuevo Testamento*

1 Cor 2 Cor	Corintios
1 Jn 2 Jn 3 Jn	Epístolas de Juan
1 Pe 2 Pe	Epístolas de Pedro
1 Tim 2 Tim	Epístolas a Timoteo
1 Tes 2 Tes	Tesalonicenses
Ap	Apocalipsis
Col	Colosenses
Ef	Efesios
Flm	Filemón
Flp	Filipenses

Gál	Gálatas
Hb	Hebreos
Hch	Hechos
Jds	Judas
Jn	Juan
Lc	Lucas
Mc	Marcos
Mt	Mateo
Rom	Romanos
St	Santiago
Tt	Tito

#### OTRAS ABREVIATURAS

AAT *Apócrifos del Antiguo Testamento*, ed. de A. Díez Macho (vols. I, II, IV y V) y ed. de A. Díez Macho y A. Piñero (vols. III, VI y VII), Cristiandad, Madrid, 1984-2014.

BNH *Biblioteca de Nag Hammadi. Textos gnósticos*, Trotta, Madrid, <sup>4</sup>2011.

gr. griego

hebr. hebreo

s/ss siguiente/s

v./vv. versículo/s

# I

## INTRODUCCIÓN

### 1. CUESTIONES PLANTEADAS POR LA INVESTIGACIÓN MODERNA SOBRE PABLO DE TARSO

– ¿Puede sostenerse hoy que todo, o parte de, Pablo ha sido malentendido durante diecinueve siglos?

– ¿Fue el pensamiento de Pablo *exclusivamente judío* a pesar del entorno de su probable nacimiento y formación escolar en un mundo griego?

– ¿Abandonó Pablo la ley judía? O bien ¿se comportó siempre, incluso externamente, como un judío practicante?

– ¿Cómo debe entenderse, según Pablo, la muerte del Mesías? ¿Como un sacrificio vicario? ¿Como una simple moratoria para evitar un Juicio Final inminente que conllevaría la condenación de casi todos los humanos?

– ¿Es posible defender que gentiles<sup>1</sup> y judíos se salvan no por creer en Jesucristo, sino por imitar sus actos de fidelidad?

– ¿Pensaba Pablo que el Mesías de Israel era un mero ser humano, pero que tras su resurrección fue exaltado por Dios a un rango divino? ¿Rompió la posible divinización de Jesús por parte de Pablo el monoteísmo estricto de Israel?

– ¿Pretendía Pablo la incorporación de todas las naciones gentiles a Israel, o solo de un número representativo de ellas?

– ¿Se puede mantener que los judíos en la época mesiánica inaugurada por Jesús no tenían por qué aceptar al Mesías de Israel?

– Consecuentemente, ¿defendió Pablo que había dos vías esencialmente distintas de salvación: una para los gentiles, a través del Mesías; otra, para los judíos, sin el Mesías?

– ¿Tuvo Pablo una verdadera teología política?

Desde mediados del siglo II hasta más o menos 1960, la interpretación de las cartas de Pablo, difícil porque se trata de correspondencia y no de tratados, ha discurrido por senderos casi unívocos, sin grandes divergencias. A partir de san Agustín, a finales del siglo IV, pasando por Anselmo de Aosta (o de Canterbury, donde fue obispo) en el siglo XI, y de Martín Lutero y Juan Calvino en el siglo XVI, se han entendido las cartas como la predicación de Pablo a los gentiles de un «evangelio» particular, cuya idea central era: con Cristo había llegado la plenitud de los tiempos, se acercaba el momento final y era preciso que en el «Israel de Dios», el único destinado a la salvación, se integraran también los gentiles sin necesidad de hacerse judíos, por tanto, sin obligación alguna de observar la ley de Moisés. Para los gentiles la ley mosaica no tenía valor salvífico alguno. Estrictamente hablando, después de la venida del Mesías la ley de Moisés tampoco tiene validez salvífica para los judíos.

Tal «evangelio» fue recibido por Pablo por revelación directa de Dios. Según esta «buena noticia», Jesús, hijo preexistente de Dios, había sido enviado por el Padre al mundo, se había encarnado en un ser humano normal, de la estirpe de David, para lograr que toda la humanidad, enredada en una maraña inextricable de pecados de la cual no podía salir por sus propias fuerzas, fuera rescatada por pura gracia por medio del sacrificio vicario de este Jesús, el Mesías. Esta muerte planeada por Dios desde la eternidad, tenía el efecto de redimir los pecados de todos los hombres, con la consiguiente restauración de la amistad entre Dios y su criatura predilecta, el ser humano, y de prometer el ingreso de este en el cielo, con tal de que hiciera un acto de fe, ayudado por la gracia divina, en el efecto salvador del sacrificio de Jesús en la cruz.

La teología paulina, según el consenso de siglos, era el producto de una «conversión» de su autor a una nueva religión, el judeocristianismo o cristianismo a secas. Por ello Pablo abjuró del judaísmo; renunció por completo a él. La ideología paulina representaba un ataque en toda regla a la ley de Moisés, a la religión judía —considerada como legalista, que pensaba que el ser humano, judío o pagano converso, solo se salva si se atiene al cumplimiento de las normas de la Ley y consigue por su propia cuenta los méritos suficientes para defenderse ante el tribunal divino— y un continuo reproche a los judíos como increyentes, incapaces de aceptar el plan de Dios en Cristo Jesús. Esta teología de Pablo es el inicio del antijudaísmo, por lo que ha contribuido notablemente a la persecución de los judíos por parte de los cristianos hasta hoy día.

La interpretación moderna de Pablo que el lector puede adivinar detrás de las preguntas iniciales y la exégesis tradicional, que acabamos de describir, son tan divergentes en algunos puntos esenciales, que es preciso volver a repensar al Apóstol, pues se afirma hoy día que ha sido secularmente mal entendido, que se ha olvidado su judaísmo esencial e inmutable y que la presunta «contribución» al antijudaísmo por parte de Pablo es totalmente ajena a su pensamiento.

Por otro lado, cualquier reflexión sobre el pensamiento del Apóstol es importante, porque sus cartas siguen siendo el sustrato básico de la teología de las corrientes cristianas exitosas desde sus inicios hasta hoy.

## 2. PROPÓSITO Y MÉTODO

El método empleado en esta *Guía* es sencillo, al menos en apariencia: salvo la exposición de algunos preliminares necesarios, se trata de leer atentamente, en primer lugar, los textos de Pablo legados por la tradición, y en segundo, procurar entender la complejidad, cuando la hay, de lo leído. Mi intención no es presentar de antemano una «teología de Pablo», con afán de ayudar a comprender sus cartas, sino leer al Apóstol directamente e intentar deducir su pensamiento de tal

lectura. Como mero intérprete, que no hace juicios de valor sobre las doctrinas, debo procurar la asepsia y el equilibrio mental en todos los momentos de la lectura para intentar deducir qué quiso decir Pablo a los primeros lectores de sus cartas. No se trata en principio de obtener un provecho espiritual de lo leído, sino ante todo de comprender lo que dijo un autor, cuyo pensamiento básico fue fundamental para la estructura ideológica del cristianismo posterior a él.

### 3. ESTRUCTURA

El libro presente tiene cuatro partes. La *primera* es meramente preliminar y se concentra sobre todo en la cuestión de qué tipo de textos son las cartas de Pablo y cómo vamos a enfocar su lectura.

La *segunda* consiste en la presentación al lector, con datos tomados de la lectura del mismo Pablo o de su entorno, de aquello que parece conveniente saber de antemano para entender bien sus cartas. De ningún modo se procura aquí dirigir previamente la mente del lector hacia una determinada comprensión, sino de proporcionar herramientas intelectuales para entender.

La *tercera* aborda directamente la lectura de la correspondencia del Pablo transmitido hasta hoy, y procura comprender en lo posible lo que él dice atendiendo a lo que enuncia en esas cartas, unas veces de manera más o menos clara; otras, muy oscuramente. Se presta atención no solo a lo que Pablo expresa de modo explícito, literal o metafóricamente según los casos, sino también a las ideas implícitas, a los matices que proporciona el contexto helenístico-judío en el que las escribe, lo que obligará a tomar en consideración las categorías corrientes en él, tanto del carácter judío de su mensaje como del helénico.

La mayoría de las veces no es posible entender bien una sección con una simple lectura reposada, por lo que siguen al texto aclaraciones del sentido del pasaje a modo de «notas» de acuerdo con los versículos. Cuando una carta paulina presenta un tema de capital

importancia para la comprensión global de Pablo, se interrumpe la lectura de la carta para aclarar a modo de síntesis o excursus —en lo posible con otros pasajes del mismo Pablo— el concepto en cuestión. Como el Apóstol reitera muchas veces las mismas o similares ideas, no será necesario repetir la explicación, sino remitir al lector a la página donde se ha presentado la aclaración por vez primera.

La *cuarta parte* está pensada a modo de conclusión o resultados. Consta de una exposición sintética del *núcleo* del mensaje paulino y de las claves consideradas esenciales para entender su pensamiento.

#### 4. CONSIDERACIONES SOBRE NUESTRO OBJETO DE ESTUDIO

Al no ser este libro una «teología de Pablo», sino una guía para entender su legado, comenzamos con las fuentes que están a nuestro alcance: ¿qué textos vamos a utilizar para comprender a Pablo? ¿Cómo manejó ese legado espiritual, escrito, del Apóstol el grupo de sus sucesores?

##### 4.1. *¿Qué fuentes vamos a utilizar para entender a Pablo?*

Para comprender a un personaje de la Antigüedad disponemos de dos tipos de fuentes: *a)* arqueológicas o numismáticas y *b)* textuales, es decir, escritos que ese personaje haya dejado, o que otros hayan compuesto sobre él.

*a)* En el caso de Pablo de Tarso no tenemos fuentes arqueológicas directas: no hay restos de monumentos o cualesquiera otros vestigios directamente relacionados con su persona. Sí nos puede ayudar, sin embargo, el conocimiento arqueológico de otros restos llegados hasta nosotros de la zona geográfica donde se desarrolló su vida, y de su entorno temporal, el siglo I de la era común.

*b)* Las fuentes textuales son fundamentalmente tres:

1) Las cartas legadas por la Antigüedad que llevan el nombre de corpus paulino, eliminando de él los escritos que el consenso de la

inmensa mayoría de los investigadores no considera genuinos, sino producto de sus discípulos.

2) La primera historia de la Iglesia cristiana, los Hechos de los Apóstoles, en cuya segunda parte, a partir sobre todo del capítulo 11, desempeña un papel crucial nuestro personaje.

3) Los *Hechos apócrifos de Pablo*.

Unas observaciones elementales nos ayudarán a precisar más el uso de estos *corpora*. Respecto al contenido de 1), lo esencial está dicho ya en la *Guía para entender el Nuevo Testamento*:

Dentro del Nuevo Testamento se han transmitido trece cartas que llevan el nombre de Pablo, a las que la tradición añadió otra: la Epístola a los Hebreos. Sin embargo, el término medio de la investigación, tanto protestante como católica, reconoce hoy como plenamente auténticas solo siete de ellas. Las otras siete son declaradas no genuinas, «pseudónimas» o «deuteropaulinas» (paulinas de segunda clase), es decir, obras de discípulos más o menos directos de Pablo. Los argumentos empleados por la crítica literaria para efectuar esta separación en dos grupos diferenciados son de tres tipos, que apuntan hacia diferencias importantes entre las auténticas cartas de Pablo y el resto:

- Grandes o notables divergencias de estilo y vocabulario, sobre todo palabras iguales empleadas con significado diferente (por ejemplo, «iglesia», «cuerpo de Cristo», «justificación»).

- Notables diferencias de concepciones teológicas que afectan, por ejemplo, a la concepción de la obra del cristiano en este mundo, a la idea de la parusía, al matrimonio, a la organización eclesiástica.

- Dificultades para el historiador a la hora de encajar los datos ofrecidos por las cartas sospechosas en lo que se sabe con certeza de la vida de Pablo. El ejemplo más claro es el conjunto de las Epístolas Pastorales, como se verá a continuación. Para adscribirlas a Pablo hay que inventarse un período de la vida de este que no es fácil justificar.

Hoy día existe un notable consenso (90%) entre los investigadores para apoyarse en estos argumentos y declarar genuinamente paulinas, es decir, «solo auténticas sin duda alguna», las siguientes cartas: 1 Tes, Gál, Flp, Flm, 1 y 2 Cor y Rom. Junto a estas hay un grupo de cuatro cartas en las que la inmensa mayoría de la investigación tiene pocas dudas al declararlas «no auténticas»: las llamadas «Epístolas Pastorales»: 1 y 2 Timoteo, Tito y la Epístola a los Hebreos. Queda un grupo de tres cartas en las que la discusión sobre el verdadero autor continúa hoy día, aunque la proporción de los que se inclinan por un veredicto de inautenticidad supera a los defensores de lo contrario: 2 Tes, Ef y Col (Piñero, 42011, 253-254).

*Respecto a 2).* Según una hipótesis ampliamente compartida, los Hechos de los Apóstoles canónicos son la segunda parte del evangelio

de un autor desconocido al que la tradición llama Lucas desde mediados del siglo II. Su fecha de composición es muy disputada, y oscila entre el 90 al 115 d.C., o incluso más tarde, pues el consenso entre los investigadores no existe.

Aunque para comprender a Pablo debemos dirigir nuestra mirada en primer lugar a lo que escribió él de sí mismo, de su tarea, de su pensamiento, y acerca de la misión y figura de Jesús, debemos presentar también textos escogidos de estos Hechos canónicos, la más importante de las fuentes externas de las que disponemos sobre Pablo, aunque es una obra peculiar que entiende al personaje de una manera diferente al Apóstol mismo. Sin embargo, debe tenerse muy en cuenta esta obra porque no hay otra a su altura, ya que el resto de otros presuntos Hechos de Pablo son claramente legendarios, como sostendremos.

Puede decirse que la mayoría de los estudiosos se inclina por utilizar los Hechos canónicos como fuente estricta para Pablo, al considerar que es la única historia de la Iglesia en sus inicios de la que disponemos, y porque puede emplearse a modo de contraste con las cartas, a pesar de sus graves dificultades internas. Sus argumentos, en síntesis, son los siguientes:

- La mencionada fecha de composición tardía de Hch, deducible a partir del análisis de *a)* su estructura eclesiástica y los objetivos que pretende; *b)* el dibujo de la sociedad que presenta; *c)* su teología que corresponde más bien al siglo II; *d)* su pintura continuamente negativa de los judíos como opuestos sistemáticamente al Apóstol (Pervo, 2006, 343-346).

- Las posibles noticias históricas sobre la vida y misión de Pablo están en este libro íntimamente unidas con leyendas populares. Hay además contradicciones, algunas más evidentes que otras, entre Hch y las cartas auténticas de Pablo:

- La afirmación de una primera estancia en Jerusalén, junto con un aprendizaje estrictamente fariseo a los pies de Gamaliel, que parece contradecir Gál 1,21-22.

– La mención de un segundo viaje de Pablo a Jerusalén antes del «concilio de los Apóstoles»: Hch 11,29; 12,25, que contradice a Gál 1,17-2,1.

– La información de Hch 15,7-21, según la cual Santiago y Pedro fueron los primeros defensores de la misión a los paganos, que contradice a Gál 2,15ss.

– La descripción del «concilio» o asamblea de Jerusalén en Hch 15, que no casa bien con el testimonio de Pablo de Gál 1,2-10. El contenido del decreto de este «concilio apostólico» de Hch 15,23-29 que contradice lo dicho en Gál 2,6.

– Hch 7,58 sostiene que Pablo era un jovencito (gr. *neanías*), cuando lapidaron a Esteban. Pero en la reconstrucción cronológica basada en las cartas de Pablo, este tendría entonces unos veinticinco o más años. Es dudoso que Lucas hubiera empleado el vocablo *neanías* para designar a un joven doctor y experto en la Ley de esa edad, que pululaba por la capital enseñando a los judíos que procedían de la diáspora.

• Es muy perceptible una doble tendencia apologética tanto respecto a la historia interna del grupo cristiano, que intenta presentarse como unitario, como hacia los lectores externos, extracristianos, ante los que se quiere ofrecer una imagen totalmente positiva de Pablo y del grupo cristiano.

• Existen en la imagen de Pablo ofrecida por Hch rasgos ciertamente dudosos:

– La ciudadanía romana de Pablo;

– El fariseísmo de Pablo sin ningún tipo de matiz, pues sería posible (a pesar de Flp 3,5) que más que fariseo estricto, afiliado a la secta, participante de sus comidas comunes, fuera más bien un simple convencido de las ideas fariseas;

– Que Pablo comenzara siempre su misión en las ciudades que visitaba por primera vez predicando solo a los judíos, y que luego se tornara a los paganos una vez que los judíos rechazaban su mensaje (Hch 13,46);

- Los milagros atribuidos a Pablo;
- La imagen del Apóstol como garante de la unidad y de las doctrinas tradicionales de todo el grupo cristiano en su conjunto;
- La omisión del grave conflicto de Antioquía entre Pedro y Pablo que probablemente marcó toda la posterior carrera misional del segundo;
- Que el autor de Hch ignore absolutamente que Pablo fue, ante todo, un autor de cartas de poderoso contenido teológico. No solo está ausente esta faceta literaria y organizativa de Pablo, sino también su radical mensaje teológico. No parece posible que un historiador que escribe sobre uno de sus héroes principales, de treinta a cincuenta años después de su muerte, ignore por completo una actividad tan fundamental, pues sabemos además que se hacían copias de sus cartas para enviar a otras iglesias.

En síntesis, la imagen de Pablo es sorprendente en Hch. Ciertamente presenta al Apóstol como judío observante de la Ley: celebra las festividades de Pentecostés (20,16), del Yom Kippur o Día de la Expiación (27,9), observa el sábado, visita las sinagogas (por ejemplo, 13,14, etc.); circuncida a Timoteo (16,1-4); algunas partes de sus discursos podrían haber sido pronunciadas más por Pedro (por ejemplo, 13,16-41; 28,17-20) que por sí mismo; es un fariseo practicante (22,3-4; 23,6); los fariseos defienden a Pablo (23,9), pero a la vez no ofrece al lector la doctrina esencial del héroe de su historia respecto a temas fundamentales de su teología, por ejemplo, los fundamentos de la admisión de los gentiles en la salvación, ni tampoco las carencias de la Ley (salvo quizás 13,38-39 y 15,10), la justificación por la fe, etc. El crítico histórico, en conjunto, no se siente seguro transitando por los Hechos de los Apóstoles.

*Respecto a 3), los Hechos apócrifos de Pablo* (Piñero y Del Cerro, II, 685-859). Estimo que el autor, o autores, de estas obras apenas pretendieron dar testimonio de unos sucesos históricos, sino ensalzar la figura del Apóstol a base de un relato en el que mezclan con bastante

libertad datos bíblicos con tradiciones y leyendas hagiográficas. La figura histórica de Pablo, que conocemos por su epistolario e indirectamente por la fuente 2), los Hechos de los Apóstoles canónicos, no queda para nada mejorada en las páginas de este corpus apócrifo adicional. Sobre la leyenda de Tecla contenida en los *Hechos de Pablo (y Tecla)* hay estudiosos que niegan incluso la existencia de la misma santa. Es tanta la fantasía que se desarrolla sobre el personaje, que cabe pensar más bien en una obra de edificación que de verdadera historia.

Prácticamente no hay más fuentes, pues otras menciones en la Antigüedad, como los prólogos antimarcionitas a las cartas de Pablo — escritos contra el cristiano heterodoxo Marción (hacia el 150)—, dependen en realidad de las dos fuentes primeras, 1) y 2). Lo mismo puede afirmarse de cualesquiera otras menciones a Pablo que empiezan a surgir sobre todo a partir de mediados del siglo II de nuestra era.

Otras fuentes secundarias e indirectas para conocer al personaje son el conocimiento geográfico, social, económico, antropológico, lingüístico, literario, filosófico, etc., del entorno en el que vivió Pablo, en este caso el Imperio romano del siglo I d.C. y en concreto, Asia Menor, Israel y el conjunto del Mediterráneo oriental.

#### 4.2. *La herencia paulina*

Es claro que la ingente tarea del Apóstol no concluyó con su muerte. Se inició pronto la costumbre de copiar las cartas recibidas por cada comunidad y de enviarlas a otras, a la vez que se recibía como intercambio la que había sido allí enviada. Colosenses, no auténtica, anterior al año 100, apunta hacia lo que quizás se hacía ya en vida de Pablo, y sobre todo posteriormente: «Una vez que hayáis leído esta carta entre vosotros, procurad que sea también leída en la iglesia de Laodicea. Y por vuestra parte leed vosotros la que os venga de Laodicea» (Col 4,16).

Los más inquietos de entre los sucesores de Pablo —¿podríamos denominarlos la «escuela paulina»?— debieron de preocuparse en primer lugar por reunir las cartas que iban difundiéndose, de copiarlas, de añadir algunos fragmentos aclarativos, que se suelen detectar con relativa facilidad como «glosas» o interpolaciones. A pesar de la copia e intercambio de cartas entre comunidades, es más que posible que Pablo no pensara jamás que sus textos iban a servir para generaciones futuras, entre otras razones porque para él el fin del mundo era inmediato (1 Tes 4,16; 1 Cor 7,29, etc.). Pero como este final no llegó, lo que él había escrito se convirtió tras su muerte en fuente de autoridad para las siguientes generaciones de sus seguidores.

Sospechamos que a finales del siglo I hubo ya una cierta colección de cartas de Pablo, reunida con la intención de que su pensamiento llegara a otras comunidades, que serían «paulinas». El conjunto judeocristiano de Jerusalén, al que cabe de algún modo denominar iglesia madre, había perecido presumiblemente casi al completo en la conquista de Jerusalén, al final de la Primera Revuelta judía contra Roma (66-70 d.C.), pues la retirada a la ciudad de Pella, en Transjordania, gracias a un oráculo divino, es probablemente una leyenda. Aunque otros pequeños grupos judeocristianos, de Galilea, por ejemplo, no debieron de mostrar gran interés por conocer el pensamiento de un Pablo que hacía su propia interpretación de Jesús y de la Ley, es posible también que pudieran perecer del mismo modo en la feroz respuesta de los romanos a la revolución del 66. Sea como fuere, indicios de la existencia de esta colección de cartas a finales del siglo I son diversos textos de escritos cristianos primitivos que contienen alusiones a textos paulinos: Primera epístola de Clemente de Roma, compuesta hacia el 96 a.C.; pasajes de las cartas de Ignacio de Antioquía, muerto alrededor del 110 d.C. (?), y un pasaje de uno de los últimos escritos que ingresaron en el canon del Nuevo Testamento: 2 Pe 3,15-16, ¿compuesta hacia el 120? He aquí estos textos:

1) Clemente de Roma escribe desde la Urbe a quienes habían promovido una «sedición» contra las autoridades de la comunidad cristiana de Corinto. Invoca entonces el recuerdo del apóstol Pablo. La carta supone que en Roma, fundación judeocristiana antigua, 1 Cor al menos era patrimonio común y fuente de autoridad («divinamente inspirada»):

Tomad en vuestra mano la carta del bienaventurado Pablo apóstol. ¿Cómo os escribió en los comienzos del evangelio? A la verdad, divinamente inspirado, os escribió acerca de sí mismo, de Cefas y de Apolo, comoquiera que ya entonces formabais grupos rivales (1 Clem 47,1-3).

## 2) Ignacio de Antioquía, *Carta a los cristianos de Éfeso*, 12,2:

Sois estación de paso para los que por la muerte caminan hacia Dios [Ignacio pasa por Éfeso, prisionero, camino de su martirio en Roma], compañeros de iniciación [en los misterios divinos] de Pablo, el que fue santificado, el que fue atestiguado, el que es digno de toda felicidad, cuyas huellas me es dado seguir a mí cuando alcance a Dios; de Pablo, en fin, que en toda carta suya hace mención de vosotros.

## 3) 2 Pe 3,15-16:

Tened presente que la paciencia de nuestro Señor significa salvación, tal como les escribió también nuestro querido hermano Pablo, con la sabiduría que Dios le dio. En todas sus cartas se refiere a estos mismos temas. Hay en ellas algunos puntos difíciles de entender, que los ignorantes e inconstantes tergiversan, como lo hacen también con las demás Escrituras, para su propia perdición.

En 1 Cor 1,2b se lee actualmente un pasaje, quizás una glosa ampliadora, que puede ser interesante a este propósito:

A los santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos, con cuantos en cualquier lugar invocan el nombre de Jesús Mesías, Señor nuestro, de nosotros y de ellos.

La expresión «en cualquier lugar» deja traslucir un estado de la protoiglesia cristiana posterior al de los inicios paulinos, tan modestos, donde se leían las cartas de Pablo. Esta posible añadidura, quizás de principios del siglo II, daría testimonio indirecto de que ya se leían las cartas paulinas. La herencia literaria del Apóstol no se limitó a la reunión y edición de sus cartas, sino que debió de incluir también la

creación de una suerte de «escuela paulina», como dubitativamente la hemos denominado, encargada del mantenimiento de su notable ideario teológico. Ello llevó también a la creación —hoy día estaríamos tentados a hablar de falsificación, aunque los antiguos entendían estas composiciones apócrifas de manera muy distinta— de cartas «paulinas», salidas no de la pluma del Apóstol, puesto que había muerto ya. Tales escritos intentaban dar respuesta a nuevos interrogantes generados por la vida de nacientes comunidades apelando a la autoridad del Maestro, o desarrollar nociones teológicas con base directa o indirecta en las ideas de Pablo. Es posible que estos falsarios pensaran honradamente de sí mismos que escribían así porque poseían el «espíritu» del Maestro.

Según un amplio consenso entre los estudiosos, las cartas nacidas de esta «escuela paulina» son Col, Ef y 2 Tes, distintas en estilo, vocabulario y teología a las «siete» auténticas. Escribimos «siete» entre comillas porque, como veremos, son más de ese número, unas trece o catorce, al estar posiblemente 2 Cor y Flp, y quizás también 1 Cor, compuestas de diversos fragmentos de cartas auténticamente paulinas unidos entre sí. Quedaron reducidas luego a siete, porque desde la época del exilio babilónico, e incluso antes, el siete era el número de la plenitud, como se ve claramente en el Apocalipsis. El que Col, Ef y 2 Tes se añadieran en el siglo II al incipiente corpus paulino no quiere decir que fueran escritas en ese momento. Probablemente son anteriores (hacia el año 80/90), pero se consolidaron como paulinas solo con el paso del tiempo y en circunstancias que desconocemos.

Con este añadido fueron diez las epístolas paulinas. Un poco después —no sabemos exactamente cuándo, quizá hacia mediados del siglo II—, se efectuó otro añadido, las tres Epístolas Pastorales: 1 y 2 Tim y Tt, también compuestas anteriormente (la mayoría de los investigadores supone que después de Col, Ef y 2 Tes). Con esto eran ya trece las cartas «de Pablo». Para lograr el número catorce (dos veces siete) se incluyó la Epístola a los Hebreos en la lista de cartas paulinas, ya en época tardía, probablemente en el siglo III. Lo sabemos con cierta

seguridad porque Ireneo de Lyon, en su obra *Contra las herejías*, conoce y admite como sagradas trece epístolas de Pablo (incluidas las Cartas Pastorales), pero nada sabe de Hebreos. Probablemente esta «epístola» no es ni siquiera eso, sino una homilía bautismal, pasada a texto escrito, a la que se le añadió una conclusión epistolar secundaria:

Os ruego, hermanos, que aceptéis mi *discurso de exhortación*, pues os he enviado un breve mensaje. <sup>23</sup>Sabed que nuestro hermano Timoteo ha sido liberado. Si viene pronto, iré con él a veros. <sup>24</sup>Saludad a todos vuestros dirigentes y a todos los santos. Os saludan los de Italia. <sup>25</sup>La gracia sea con todos vosotros. Amén (Hb 13,22-25).

Este lento proceso de recogida, edición y aumento del canon paulino causó una transformación de lo que pudo ser el corpus original de las cartas de Pablo en el caso de que se hubieran recogido tal cual en el momento de su muerte. Se produjo:

- Una nueva configuración de las cartas originales, con cierta pérdida de material primigenio.
- Una atribución a Pablo de ideas teológicas no suyas, sino de sus discípulos. Estas nuevas ideas pudieron en algunos casos complementar las auténticas (¿caso de Col y Ef?); en otros distorsionar el pensamiento de Pablo en ciertos campos (2 Tes y Pastorales), o bien introducir añadidos ajenos a sus ideas, como Hebreos.
- Se favoreció la creación de pequeñas o grandes glosas a las cartas auténticas cuando estas eran editadas..., aunque esos añadidos pueden ser interesantes para ver qué pensaban en realidad los discípulos de Pablo (Vidal, 2007, 209-210).

Este acrecentamiento del corpus paulino y su rápida divulgación hizo que el paulinismo formara la gran corriente, mayoritaria, de lo que comenzaba a perfilarse ya como la Iglesia cristiana, que suele ahora denominarse «Gran Iglesia». No existió la «Gran Iglesia» petrina.

Aunque sospechemos que las cartas genuinas de Pablo puedan estar reelaboradas después de la muerte del Apóstol por uno o varios redactores anónimos, y que algunos escritos auténticos puedan estar compuestos de fragmentos de lo que en realidad fueron varias cartas

sobre temas análogos, vamos a leerlas e intentar comprenderlas en esta *Guía* tal como se nos han transmitido, porque para nuestro fin de entender el pensamiento de Pablo no es indispensable seguir estrictamente la peripecia de los supuestos fragmentos reconstruidos.

#### 5. ¿A QUÉ TIPO DE ESCRITOS NOS ENFRENTAMOS?

Indicamos ya que se trata de cartas, no de tratados. Las dificultades de comprensión son mayores en el género epistolar, porque a menudo desconocemos quiénes son exactamente los corresponsales de Pablo y qué pretendían. A veces se nos avisa de que han enviado noticias orales o escritas al Apóstol, pero tales billetes o cartas se han perdido. Entre sus corresponsales y Pablo hay presupuestos implícitos que también desconocemos. Presumiblemente, en muchos casos, el Apóstol pasó largo tiempo con sus adeptos ocupado en resolver las dudas suscitadas por sus propuestas teológicas y en aclarar casos aparentemente anómalos de su propio comportamiento como apóstol conforme a su principio de adaptabilidad a las circunstancias (1 Cor 9,19-23: «Hacerse todo a todos...»). Las soluciones de Pablo se plasmaron luego sintéticamente en diversas sentencias de sus cartas, pero su significado completo se nos escapa a menudo al desconocer qué había explicado Pablo oralmente a sus conversos. Esto ocurrirá sobre todo con el concepto «Ley» (gr. *nómos*) que tiene múltiples matices y precisiones, como veremos.

Por tanto, nuestra comprensión de lo que vamos a leer, la correspondencia unilateral de un personaje a sus lectores, se ve oscurecida porque entendemos las palabras y frases, pero no podemos escoger con seguridad de entre sus posibles significados cuál es el más apropiado. Partiendo, pues, del punto de vista de que no conocemos el trasfondo o los códigos culturales entre los dos corresponsales, necesarios para delimitar con exactitud el pensamiento de Pablo, debemos aceptar que nunca estaremos absolutamente seguros de alcanzar la plena verdad sobre tal o cual concepto. Pero eso no

significa que no tengamos la posibilidad de discernir que unas hipótesis o interpretaciones son más verosímiles que otras dentro del marco histórico judío-helenístico del siglo I d.C. El grado de probabilidad de nuestra comprensión de Pablo está condicionado por el paradigma de interpretación al que se ha llegado después de mucho estudio, es decir, por un marco interpretativo general. El intérprete ha de preguntarse: ¿tal reconstrucción propuesta del pensamiento paulino está basada en información histórica que puede considerarse correcta? ¿Tiene coherencia interna tal interpretación? (Zetterholm, 2009, 238). A lo que añadimos: ¿se han tenido en cuenta todos los textos de Pablo y lo que puede considerarse su sistema global de pensamiento deducible del conjunto de sus cartas? Un ejemplo: tras la lectura total del Apóstol, el paradigma de una ruptura de Pablo con el judaísmo, una verdadera abjuración, se revela como erróneo, aunque tal interpretación sea ya una costumbre en diversos círculos de exegetas. Pablo fue un judío practicante y no un apóstata del judaísmo.

Modificaremos el orden de lectura de las siete cartas genuinas de Pablo impreso tradicionalmente, adoptando el que nos parece el probable orden cronológico de composición, según el juicio casi unánime de la investigación hoy. Es curioso, y algunos estudiosos opinan que hasta absurdo, el sistema de ordenamiento elegido en la Antigüedad, en los inicios del siglo III, confirmado en el IV como se ve por los manuscritos y papiros del texto neotestamentario. Por ejemplo, para publicar las cartas del Apóstol se escogió un orden por tamaño (!), de mayor a menor, y por bloques, también en ellos las cartas de mayor a menor, o bien la unión de escritos que presuntamente compuso Pablo durante su cautividad en Éfeso (Flp y Flm). Rechazando este ordenamiento artificial, leeremos las cartas genuinas de Pablo según el presumible orden cronológico siguiente:

- 1 Tesalonicenses
- Gálatas (con dudas de si habría que emplazarla más cerca de la composición de Rom debido a la igualdad temática)
- 1 y 2 Corintios

- Filipenses
- Filemón
- Romanos

#### NUESTRA TRADUCCIÓN DEL TEXTO GRIEGO

El texto griego que utilizamos para nuestra versión es el fijado por Aland *et al.* en 1999, 27.<sup>a</sup> edición, con notables correcciones respecto a la primera. Realizada ya nuestra versión y aclaraciones, hemos tenido acceso a la reciente 28.<sup>a</sup> edición de dicha obra. Hemos contrastado el texto de las dos ediciones, pero, salvo error por nuestra parte, no hay en ellas variante alguna, salvo en el aparato crítico y en cuestiones que no afectan al propósito introductorio de esta *Guía*. Para la Carta a los Gálatas hemos tenido asimismo en cuenta la edición crítica del texto griego de Carlson (2012).

Nuestra versión del texto griego quizás no pueda denominarse exactamente «traducción» debido a su intento de literalidad y de mantenimiento del orden de palabras. Hemos procurado igualmente traducir siempre los vocablos recurrentes de la teología de Pablo por los mismos términos castellanos. Pero el que sea literal voluntariamente, incluidas sus repeticiones y anacolutos, también en el orden de palabras, puede tener sus ventajas didácticas. Se trata, por tanto, de una «versión» que se parece relativamente a las interlineales, a las que desde hace ciertos años se recurre para suplir la falta de conocimientos del griego por parte de muchos lectores. Esto mismo es lo que pretendemos en esta *Guía*. Nuestro lema al traducir es análogo al de Rabbí Yehudah (siglos III-V d.C.) recogido en la Tosefta, *M'gillah* 4,41: «Miente el que traduce un versículo palabra por palabra; blasfema el que le añade algo», aunque procurando observar la idiosincrasia de la lengua castellana en su ritmo, prosodia y sintaxis. Los vocablos entre paréntesis cuadrados [], aunque impresos, están señalados igualmente así, como dudosos, en la edición de Nestle-

Aland. Los paréntesis normales () indican los escasísimos vocablos que alguna que otra vez suplimos en el texto griego.

Este libro no habría aparecido jamás tal como está sin la inspiración e inapreciable ayuda y consejos del profesor Carlos A. Segovia, con quien hemos discutido por escrito durante meses la interpretación global de Pablo y la de numerosos pasajes concretos. También la ayuda prestada, en la revisión general de este libro y en el contraste del texto paulino entre las ediciones 27.<sup>a</sup> y 28.<sup>a</sup> de Nestle-Aland, por la doctora Carmen Padilla de la Universidad de Córdoba, y por el doctor Fernando Bermejo de la UNED, es impagable. Para el texto de los Hechos de los Apóstoles utilizamos la versión del doctor Gonzalo del Cerro, de la Universidad de Málaga, preparada para el primer volumen, Nuevo Testamento, de la futura *Biblia de San Millán* dirigida por el profesor doctor Claudio García Turza, de la Universidad de La Rioja, quien ha revisado también la factura castellana de nuestra traducción, intentando que no se desvíe demasiado de la norma de la novísima gramática y ortografía de la lengua castellana. Otras versiones de diversas obras son también nuestras, o de la *Biblia de Jerusalén*, a veces levemente modificada.

Hemos tenido muy en cuenta las interpretaciones de la Vulgata (Nestle-Aland, *graece et latine*) debido a su respetabilísima autoridad: sus inicios se fijan ya en el siglo II d.C. Igualmente, la división en párrafos y los ladillos del corpus de cartas de Pablo suelen seguir los de la Vulgata.

1. El sentido de «gentiles» equivale a «paganos». Los judíos dividían el mundo en ellos mismos y el resto de las naciones, las gentes, gentiles; los cristianos lo dividían entre ellos y los paganos, adoradores de los dioses falsos o politeístas.

## II

### LO QUE ES NECESARIO SABER PARA ENTENDER A PABLO DE TARSO

#### 1. EL PABLO ANTERIOR A SU LLAMADA. SU FORMACIÓN

¿Cómo era realmente Pablo de Tarso antes de lo que él denominó la «llamada» divina para ser apóstol de los gentiles? Responder a esta pregunta es fácil para algunos, aunque se confiese que la información es escasa: basta con unir lo que dicen sobre ello los Hechos y los dos primeros capítulos de la Epístola a los Gálatas. Para otros, sin embargo, no es tan sencilla la respuesta, pues esos dos textos muestran entre sí diversas y notables contradicciones. Para unos investigadores, en lo que respecta al lugar de nacimiento, niñez, ámbito de educación primaria y superior, afiliación al partido fariseo y motivos de la persecución anticristiana de Pablo, el texto de Lucas en los Hechos de los Apóstoles es sustancialmente digno de crédito, pues la veracidad histórica de Lucas, tan impugnada por la crítica liberal protestante y la Historia de las Religiones, no admitiría duda. La aparente contradicción entre esta obra y los datos proporcionados por las cartas auténticas, en especial Gál 1,13ss, se resuelve positivamente por medio de una adecuada exégesis y la apelación a otros datos históricos proporcionados por el contexto.

Opino, sin embargo, que esta perspectiva conciliadora está llena de dificultades que han aparecido ya en la parte I y que irán apareciendo de nuevo a lo largo de la lectura. Nos planteamos entonces: ¿podemos saber algo cierto al respecto?

## A) *Lugar y fecha de nacimiento*

Son los Hechos de los Apóstoles (22,3: *Yo soy un hombre judío, nacido en Tarso de Cilicia*) los que afirman que Pablo era oriundo de Tarso, en Cilicia, al sur de la actual Turquía. El Apóstol nada dice de ello en sus cartas, pero no hay por qué negar la exactitud de este dato que sitúa a Pablo en la diáspora y no en Israel: me parece evidente que era un judío muy helenizado, ciudadano del Imperio, no de Judea o Galilea, a pesar de que hoy día haya investigadores que hacen de Pablo un ciudadano de Jerusalén, de lengua nativa aramea pero de educación griega recibida allí mismo, en plena capital de Judea, como un Flavio Josefo, por ejemplo. Esta hipótesis me parece poco plausible. Lo que el Apóstol afirma de sí mismo es que su familia era totalmente judía: *Circuncidado el octavo día; del linaje de Israel; de la tribu de Benjamín; hebreo, hijo de hebreos* (Flp 3,5). No hay por qué dudar de ello tampoco. El que fuera ciudadano de Tarso sitúa a Pablo a priori en un contexto elevado de cultura helénica, pues la ciudad era famosa por sus escuelas de retórica y por su cultivo en general de las letras y las artes (Estrabón, *Geografía* XIV 5,13).

En lo que se refiere a la *fecha de nacimiento*, Pablo no lo dice en ninguna parte, pero debió de ser en torno al 5-10 d.C., a tenor de la lectura global de sus cartas y también de Hch, de la que se deduce un esquema cronológico general. Por tanto, tendría unos diez o quince años menos que Jesús. Para determinar aproximadamente la cronología de la vida de Pablo solo tenemos un dato: al final de una estancia en Corinto, el Apóstol fue acusado ante el procónsul romano de la provincia griega de Acaya, Lucio Junio Galión, de actuar ilícitamente al predicar su evangelio sobre Jesús (Hch 18,12), es decir, se le acusó de escándalo de orden público, o bien de actuar contra la *Lex Julia de collegiis* que prohibía reuniones no autorizadas. Sabemos por una inscripción hallada en Corinto que Galión fue procónsul de Acaya muy probablemente entre junio del 51 y mayo del 52 d.C. Por tanto, Pablo estaba en Corinto (Hch 18) en esa fecha. A partir de este dato hay que

reconstruir, hacia delante y hacia atrás, los sucesos principales de la vida y actividad de Pablo. Ello se consigue a duras penas, barajando hipótesis y combinando con sentido crítico los datos de las cartas paulinas, el principio de Gál sobre todo, con los de Hch. Por eso la cronología paulina varía hasta 5/6 años en los diversos autores modernos.

### B) *Lengua materna*

Es muy probable que Pablo tuviera el griego como lengua materna, pero según Hch 21,40; 22,2; 26,14, hablaba también (hebreo y) arameo:

Pablo, de pie sobre los escalones, hizo señas al pueblo con la mano, y cuando se hizo un gran silencio, dirigió la palabra en lengua hebrea; Al escuchar que se dirigía a ellos en lengua hebrea, quedaron más tranquilos; Caídos todos a tierra, oí una voz que me decía en lengua hebrea.

Los pasajes dicen solamente «hebreo» (gr. *hebraídi*), pero es bien sabido que los helenos no distinguían bien entre hebreo y arameo, por lo demás lenguas estrechamente emparentadas. No hay por qué dudar tampoco de este dato, corroborado por pequeños detalles de sus textos como la omisión del artículo en ciertos genitivos debido al influjo del estado constructo del genitivo hebreo, que lo omite usualmente (contrástese, por ejemplo, 2 Cor 6,7 [gr. *en logoi aletheías*] con Ef 1,13; o 1 Cor 2,7 con Ef 3,10 [*sophía theoû*]). Por sus cartas se ve que manejaba con notable soltura la lengua griega, y que para expresar sus ideas era capaz incluso de crear neologismos o de otorgar nuevas acepciones a términos antiguos. Es muy probable además que supiera algo de latín, al menos, aunque no tenemos pruebas directas.

### C) *Formación escolar de Pablo*